'Jah sirve para mi salvación'

EL PUEBLO de Jehová tenía que tomar una decisión. ¿Acatarían las órdenes del malvado soberano del antiguo Egipto? ¿O más bien obedecerían a Jehová Dios, saldrían de aquel país que los esclavizaba y tomarían posesión de la Tierra Prometida?

Debido a que el orgulloso Faraón se negó a liberar a Israel, Jehová envió diez plagas contra la nación egipcia. ¡Qué gran demostración de su poder! Los dioses egipcios no pudieron hacer nada para impedir tales desgracias.

Cuando se le ordenó que dejara libre al pueblo de Dios, el Faraón contestó con desdén: "¿Quién es Jehová, para que yo obedezca su voz y envíe a Israel? No conozco a Jehová en absoluto y, lo que es más, no voy a enviar a Israel" (Éxodo 5:2). Como consecuencia, Egipto sufrió estas plagas: 1) agua convertida en sangre, 2) ranas, 3) jejenes, 4) tábanos, 5) peste sobre el ganado, 6) diviesos en hombres y bestias, 7) granizo, 8) langostas, 9) oscuridad y 10) la muerte de todos los primogénitos, entre ellos el hijo del Faraón. Al final, el Faraón permitió que los hebreos se marcharan. De hecho, ¡hasta les rogó que se fueran! (Éxodo 12:31, 32.)

De inmediato partieron unos tres millones de personas: los hombres, mujeres y niños israelitas, así como una vasta compañía mixta (Éxodo 12:37, 38). Ahora bien, pronto el Faraón salió tras ellos con su imponente ejército. Parecía que los israelitas estaban atrapados entre el mar Rojo, un desierto implacable y las fuerzas egipcias. Sin embargo, Moisés les dijo: "No tengan miedo. Estén firmes y vean la salvación de Jehová" (Éxodo 14:8-14).

Milagrosamente, Jehová dividió las aguas del mar Rojo para que los israelitas pudieran escapar. Pero cuando los egipcios los siguieron, Dios hizo que las aguas volvieran a su lugar, de modo que destruyó "los carros de Faraón y sus fuerzas militares [...] en el mar" (Éxodo 14:26-28; 15:4). Por negarse a honrar a Jehová, el arrogante Faraón tuvo un final desastroso.

En el mar Rojo, Jehová demostró ser una "persona varonil de guerra" (Éxodo 15:3). Como indica el relato inspirado, "Israel también alcanzó a ver la gran mano que Jehová puso en acción contra los egipcios; y el pueblo empezó a temer a Jehová y a poner fe en Jehová" (Éxodo 14:31; Salmo 136:10-15). En señal de sincera gratitud a Dios, los hombres entonaron una canción de victoria con Moisés, y las mujeres bailaron dirigidas por la hermana de este, Míriam.*

Jehová sigue siendo un libertador

Los siervos de Jehová de la actualidad pueden extraer lecciones fortalecedoras de este sobresaliente acto de liberación divina. Una de ellas es que Jehová tiene *poder ilimitado* para respaldarlos. En su triunfante canción de victoria, Moisés y los israelitas se expresaron así: "Tu diestra, oh Jehová, está demostrando que es poderosa en habilidad, tu diestra, oh Jehová, puede destrozar a un enemigo" (Éxodo 15:6).

Otra lección es que el Todopoderoso *desea de corazón* proteger a su pueblo. Los israelitas cantaron: "Mi fuerza y mi poderío es Jah, puesto que él sirve para mi salvación. Este es mi Dios, y yo lo elogiaré". Y una lección más es que *nadie puede oponerse con éxito* a la voluntad divina. En esa canción triunfante, el pueblo ya liberado entonó: "¿Quién entre los dioses es como tú, oh

* Véase el *Calendario de los testigos de Jehová 2006*, enero-febrero.



Los dioses falsos de Egipto no pudieron detener las diez plagas que envió Jehová

¿SABÍA USTED?

- **Jehová hizo que soplara un viento fuerte toda la noche para que Israel pudiera cruzar el mar Rojo sobre tierra seca (Éxodo 14:21, 22).**
- **Se necesitó un paso de por lo menos un kilómetro y medio de ancho para que los millones de israelitas cruzaran el mar Rojo en tan poco tiempo.**

Jehová? ¿Quién es como tú, que resultas poderoso en santidad? Aquel que ha de ser temido con canciones de alabanza, Aquel que hace maravillas" (Éxodo 15:2, 11).

Al igual que el Faraón del antiguo Egipto, los gobernantes actuales persiguen al pueblo de Jehová. Líderes orgullosos quizás lleguen al punto de 'hablar hasta palabras contra el Altísimo y hostigar continuamente a los santos mismos del Supremo' (Daniel 7:25; 11:36). Pero Jehová garantiza lo siguiente: "Sea cual sea el arma que se forme contra ti, no tendrá éxito, y sea cual sea la lengua que se levante contra ti en el juicio, la condenarás. Esta es la posesión hereditaria de los siervos de Jehová" (Isaías 54:17).

Los que se opongan a Dios no se saldrán con la suya, como quedó demostrado en el caso del Faraón y su ejército. Los actos de liberación de Jehová, como el éxodo de Egipto, dan prueba de que hacemos bien en seguir el principio que pronunciaron los apóstoles de Jesús, quienes declararon: "Tenemos que obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres" (Hechos 5:29).

Liberados con "sangre preciosa"

LA MAYOR expresión del amor de Jehová fue enviar a su Hijo unigénito para que ofreciera su vida humana perfecta como rescate. Dado que somos pecadores, necesitamos imperiosamente esa liberación. Ningún hombre imperfecto "puede de manera alguna redimir siquiera a un hermano, ni dar a Dios un rescate por él [...] para que todavía viva para siempre" (Salmo 49:6-9). ¡Cuánto agradecemos que Dios haya dado "a su Hijo unigénito, para que todo el que [ejerza] fe en él no sea destruido, sino que tenga vida eterna"! (Juan 3:16.)

¿Cómo nos libera el rescate? A continuación examinaremos cuatro aspectos en los que nos libera esta monumental muestra de amor de parte de Jehová Dios.

Liberación por rescate

En primer lugar, el sacrificio de Jesús puede liberarnos del pecado heredado. Todos nacimos en pecado, por lo que somos pecadores incluso antes de que siquiera podamos violar la ley de Jehová. ¿Por qué? Romanos 5:12 indica la razón: "Por medio de un solo hombre [Adán] el pecado entró en el mundo, y la muerte mediante el pecado". Como hijos del pecador Adán, hemos recibido de él su imperfección. Sin embargo, el pago del rescate hace posible que se nos libere del cautiverio al pecado heredado (Romanos 5:16). Jesús "gust[ó] la muerte por todo hombre", es decir, cargó con las consecuencias del pecado que hemos heredado de Adán (Hebreos 2:9; 2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:24).

En segundo lugar, el rescate nos libera de los efectos mortales del pecado. "El salario que el pecado paga es muerte." (Romanos 6:23.) En otras palabras, el castigo del pecado es la muerte. Al entregar su vida en sacrificio, el Hijo de Dios hizo posible que la humanidad obediente viviera para siempre. "El que ejerce fe en el Hijo tiene vida eterna; el que desobedece al Hijo no verá la vida." (Juan 3:36.)

Observemos que únicamente se nos puede liberar de los efectos del pecado si ejercemos fe en el Hijo de Dios. Eso implica hacer cambios en nuestra vida para armonizarla con la voluntad divina. Tenemos que rechazar cualquier conducta pecaminosa que hayamos seguido y tomar medidas para hacer lo que a Dios le agrada. El apóstol Pedro dijo que debemos 'arrepentirnos y volvernos para que sean borrados nuestros pecados' (Hechos 3:19).

En tercer lugar, el sacrificio que ofreció Jesús nos libra de una conciencia culpable. Todos los que se dedican a Jehová y se convierten en discípulos bautizados de su Hijo reciben consuelo (Mateo 11:28-30). Sentimos gran gozo porque, a pesar de nuestra imperfección, podemos servir a Dios con una conciencia limpia (1 Timoteo 3:9; 1 Pedro 3:21). Si confesamos nuestros pecados y dejamos de practicarlos, se nos mostrará misericordia y nos libraremos del peso de una conciencia atribulada (Proverbios 28:13).

Brinda ayuda y esperanza

Finalmente, si ejercemos fe en el rescate, nos libramos de sentir temor debido a nuestra condición ante Dios. El apóstol Juan escribió: "Si alguno comete un pecado, tenemos un ayudante para con el Padre, a Jesucristo" (1 Juan 2:1). Respecto a la función de Jesús como ayudante, el apóstol Pablo explicó: "Él también puede salvar completamente a los que están



¿LO SABÍA USTED?

- **Jesús ascendió al cielo desde el monte de los Olivos (Hechos 1:9, 12).**
- **Solo los apóstoles fieles de Jesús fueron testigos de ese suceso (Hechos 1:2, 11-13).**

acercándose a Dios mediante él, porque siempre está vivo para abogar por ellos" (Hebreos 7:25). Mientras nos quede algún vestigio de pecado, necesitaremos los servicios del Sumo Sacerdote Jesucristo para ayudarnos a tener una condición aprobada ante Dios. ¿En qué sentido obró Jesús como sumo sacerdote a favor de nosotros?

Cuarenta días después de su resurrección en el año 33 de nuestra era, Jesús ascendió al cielo, y allí le ofreció a Dios el valor de su "sangre preciosa". Como resultado, Jesús pronto liberará a la humanidad obediente del pecado y la muerte (1 Pedro 1:18, 19).* ¿Verdad que Jesucristo merece nuestro amor y obediencia?

También Jehová Dios merece que lo amemos y le obedezcamos. En su amor, él hizo posible nuestra "liberación por rescate" (1 Corintios 1:30). Así que no solo le debemos nuestra vida actual, sino también la perspectiva de vivir para siempre. Por lo tanto, tenemos sobradas razones para "obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres" (Hechos 5:29).

---

* Véase el *Calendario de los testigos de Jehová 2006,* marzo-abril.

"A Jehová pertenece la batalla"

EL ENFRENTAMIENTO es entre dos ejércitos rivales situados en las laderas opuestas de un valle. Los soldados de Israel llevan cuarenta días aterrorizados, soportando los constantes insultos de Goliat, el campeón de los filisteos (1 Samuel 17:1-4, 16).

Goliat desafía a voces a los israelitas con estas palabras: "Escójanse un hombre, y que baje él a mí. Si él puede pelear conmigo y de veras me derriba, entonces tendremos que hacernos siervos de ustedes. Pero si yo mismo puedo más que él y de veras lo derribo, entonces ustedes tienen que hacerse siervos nuestros, y tendrán que servirnos. [...] Yo mismo de veras desafío a las líneas de batalla de Israel este día. ¡Denme un hombre y peleémonos!" (1 Samuel 17:8-10).

En la antigüedad no era raro que un guerrero representara a todo su ejército en combates de hombre a hombre. Se consideraba vencedor al bando del luchador que obtenía la victoria. Pero quien desafía a Israel no es un soldado cualquiera. Se trata de un enemigo de extraordinaria estatura, un gigante feroz y temible. No obstante, al burlarse del ejército del pueblo de Jehová, Goliat firma su sentencia de muerte.

Esta no es una simple contienda militar, sino un enfrentamiento entre Jehová y los dioses de los filisteos. Pero Saúl, el rey de Israel, en vez de dirigir con valor su ejército contra los enemigos de Dios, está paralizado de terror (1 Samuel 17:11).

Un joven confía en Jehová

Durante esta guerra de nervios, un joven que ya ha sido ungido para convertirse en rey de Israel visita a sus hermanos en el campamento de Saúl. Se trata de David. Al oír a Goliat, pregunta: "[¿]Quién es este filisteo incircunciso para que tenga que desafiar con escarnio a las líneas de batalla del Dios vivo?" (1 Samuel 17:26). A los ojos de David, Goliat representa tanto a los filisteos como a sus dioses. Con justa indignación, el joven desea representar a Jehová y a Israel y luchar contra el gigante pagano. Pero el rey Saúl le dice: "Tú no puedes ir contra este filisteo para pelear con él, porque solo eres un muchacho" (1 Samuel 17:33).

¡Qué actitudes tan diferentes muestran Saúl y David! Saúl ve a un joven pastor enfrentado a un gigante cruel. David, sin embargo, ve a un hombre que desafía al Señor Soberano Jehová. Su valor se basa en la convicción de que Dios no va a dejar sin castigo a quien se burle de Su nombre y Su pueblo. Aunque Goliat se jacta de su fuerza, David cifra su confianza en Jehová, pues valora la situación desde el punto de vista de Dios.

"Yo voy a ti con el nombre de Jehová"

La fe de David está justificada. Él recuerda muy bien que Dios lo ayudó a librar a una oveja de un oso y a otra de un león, así que está completamente seguro de que Jehová también lo ayudará frente al temible adversario filisteo (1 Samuel 17:34-37). Armado con una simple honda y cinco piedras lisas, sale a encontrarse con Goliat.

El desafío parece imposible de superar, pero el joven David confía en la fuerza que procede de Jehová. Con valor, le advierte al filisteo: "Tú vienes a mí con una espada y con una lanza y



¿QUÉ TAMAÑO TENÍA GOLIAT?

En 1 Samuel 17:4-7 se indica que Goliat medía más de seis codos de altura, es decir, unos tres metros. Un dato que da idea del tamaño y la fuerza de este filisteo es que su cota de malla de cobre pesaba nada menos que 57 kilogramos. En cuanto a su lanza, el asta de madera era como un poste, y la hoja de hierro pesaba siete kilogramos. De hecho, ¡es muy probable que la armadura de Goliat pesara más que el propio David!

con una jabalina, pero yo voy a ti con el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de las líneas de batalla de Israel, a quien tú has desafiado con escarnio. Este día Jehová te entregará en mi mano, [...] y personas de toda la tierra sabrán que existe un Dios que pertenece a Israel. Y toda esta congregación sabrá que ni con espada ni con lanza salva Jehová, porque a Jehová pertenece la batalla" (1 Samuel 17:45-47).

¿Cuál es el desenlace? El relato inspirado revela: "David, con una honda y una piedra, resultó más fuerte que el filisteo, y derribó al filisteo y le dio muerte; y no había espada en la mano de David" (1 Samuel 17:50). Es cierto que el joven no llevaba una espada en la mano, pero contaba con el poderoso respaldo de Jehová Dios.*

Aquel desenlace demostró que la fe de David estaba totalmente justificada. Cuando debemos escoger entre ceder al temor al hombre o confiar en el poder salvador de Jehová, la elección es obvia: "Tenemos que obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres" (Hechos 5:29). Además, si vemos las situaciones difíciles desde el punto de vista de Jehová, podremos poner en la perspectiva adecuada incluso aquellos problemas que más nos asusten.

* Véase el *Calendario de los testigos de Jehová 2006*, mayo-junio.

'Nuestro Dios puede rescatarnos'

IBA a ser un acontecimiento extraordinario. En la llanura de Dura —al parecer cerca de la ciudad de Babilonia— se había erigido una imponente estatua de oro que iba a inaugurarse durante una ceremonia especial. Se esperaba que los altos funcionarios estuvieran presentes en dicha celebración y que se inclinaran ante la imagen al escuchar el sonido de los instrumentos musicales. El rey babilonio Nabucodonosor había decretado que quien no adorara a la imagen moriría en un horno sobrecalentado. ¿Quién osaría desobedecer su orden?

Para sorpresa de todos, tres devotos siervos de Dios —Sadrac, Mesac y Abednego— no se inclinaron. Sabían que si se inclinaban, no le estarían dando a Jehová Dios la devoción exclusiva que le debían (Deuteronomio 5:8-10). Cuando se les exigió que justificaran su firme postura, valerosamente contestaron a Nabucodonosor: "Si ha de ser, nuestro Dios a quien servimos puede rescatarnos. Del horno ardiente de fuego y de tu mano, oh rey, nos rescatará. Pero si no, séate sabido, oh rey, que a tus dioses no servimos, y la imagen de oro que has erigido ciertamente no adoraremos" (Daniel 3:17, 18).

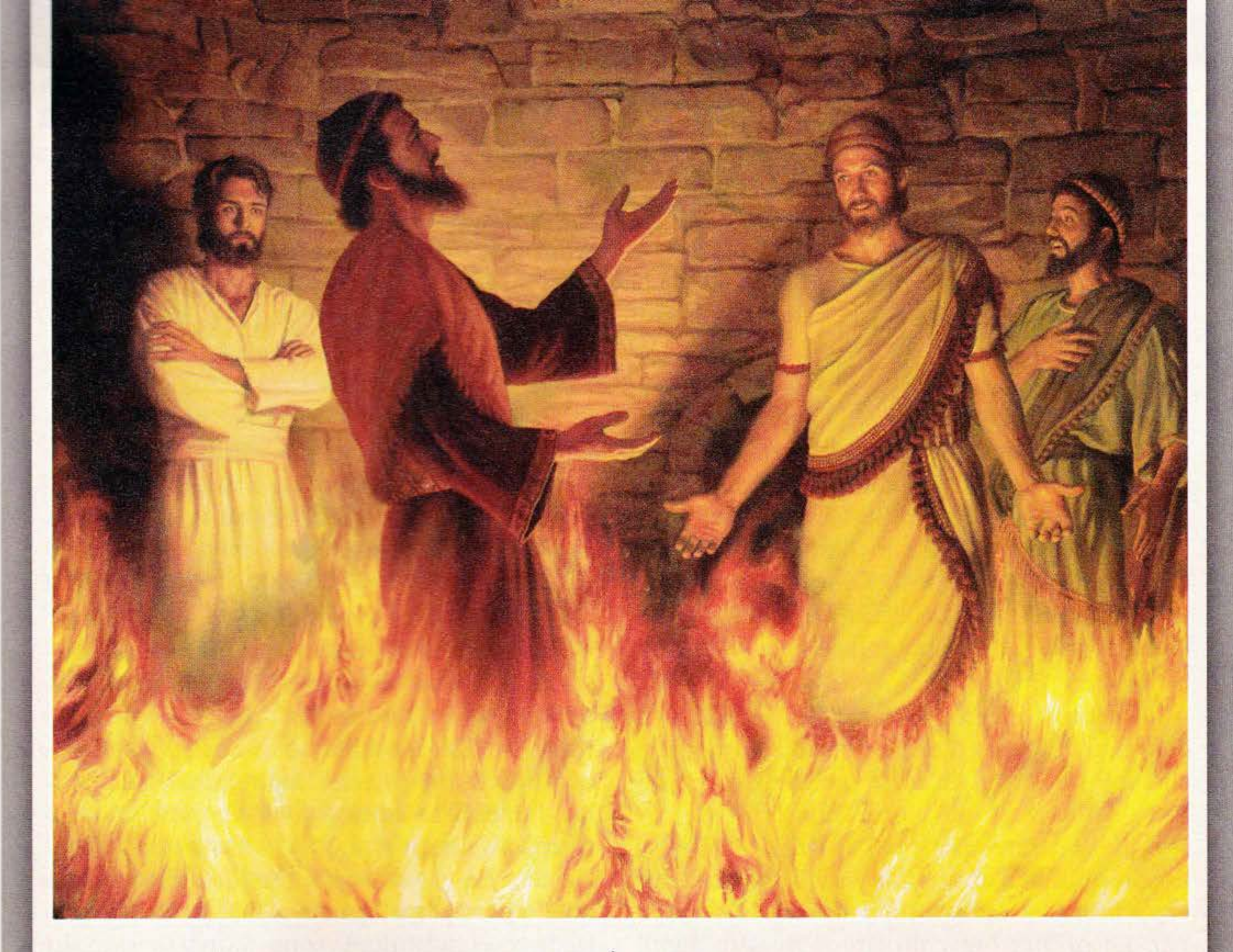
Cuando los tres hebreos fueron arrojados al horno de fuego, solo un milagro podía salvarles la vida. Y así sucedió: Dios envió un ángel para protegerlos. Pero ellos ya habían demostrado que estaban dispuestos a morir antes que desobedecer a Jehová.* Su postura fue parecida a la de los apóstoles de Jesucristo, quienes más de seis siglos después declararon ante el tribunal supremo judío: "Tenemos que obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres" (Hechos 5:29).

Lecciones valiosas para nosotros

Sadrac, Mesac y Abednego son buenos ejemplos de fe, obediencia y lealtad. Los tres jóvenes hebreos tenían fe en Jehová. Su conciencia educada por la Biblia impidió que participaran en actos de adoración falsa o ceremonias nacionalistas. De igual modo, los cristianos hoy en día confían plenamente en el Dios verdadero. Permiten que su conciencia bien formada los guíe, y se niegan a participar en actos de adoración falsa o ceremonias que vayan en contra de las leyes y principios divinos.

Aquellos tres hebreos fieles confiaron en Jehová y decidieron que no dejarían de obedecerlo, sin importar qué les ofreciera el Imperio babilónico en términos de reconocimiento, posición social o gloria. Preferían sufrir y morir antes que perder su relación con Dios. Al igual que Moisés, quien vivió antes que ellos, 'continuaron constantes como si vieran a Aquel que es invisible' (Hebreos 11:27). Tanto si Jehová optaba por rescatarlos de la muerte como si no, los tres estaban resueltos a mante-

* Véase el *Calendario de los testigos de Jehová 2006*, julio-agosto.



¿LO SABÍA USTED?

- **Los tres hebreos tenían casi treinta años de edad cuando enfrentaron esta prueba de lealtad.**
- **Según parece, se calentó el horno al máximo (Daniel 3:19).**

nerse íntegros a los ojos de él en lugar de transigir para salvar sus vidas. Por lo visto, el apóstol Pablo alude a su ejemplo cuando menciona a fieles que "detuvieron la fuerza del fuego" (Hebreos 11:34). En tiempos modernos, los siervos de Jehová demuestran la misma fe y obediencia cuando se pone a prueba su integridad.

Del relato de Sadrac, Mesac y Abednego también aprendemos que Dios recompensa la lealtad. El salmista cantó: "Jehová [...] no dejará a los que le son leales" (Salmo 37:28). En la actualidad no podemos esperar que Dios nos rescate de forma milagrosa, como sí lo hizo en el caso de los tres hebreos. Pero podemos estar seguros de que sea cual sea el problema que afrontemos, nuestro Padre celestial nos ayudará. Puede que lo elimine, que nos dé fuerzas para aguantarlo o que nos resucite si perdemos la vida por mantenernos íntegros (Salmo 37:10, 11, 29; Juan 5:28, 29). Cada vez que se pone a prueba nuestra integridad y obedecemos a Dios más bien que a los hombres, triunfan la fe, la obediencia y la lealtad.

'No podemos dejar de hablar de Jesús'

NOS hallamos en el año 33 de nuestra era, en la majestuosa sala del tribunal nacional judío, en Jerusalén. El Sanedrín está a punto de iniciar un juicio contra doce discípulos de Jesucristo. ¿Cuál es su delito? Hablar públicamente de Jesús. Esta es la segunda vez que Pedro y Juan comparecen ante el tribunal, pero es la primera para los demás apóstoles.

Dirigiéndose a los doce, el sumo sacerdote les recuerda la orden que ese mismo tribunal había dado durante el primer juicio. En aquella ocasión, cuando les exigieron que dejaran de hablar de Jesús, la respuesta de Pedro y Juan fue esta: "Si es justo a vista de Dios escucharles a ustedes más bien que a Dios, júzguenlo ustedes mismos. Pero en cuanto a nosotros, no podemos dejar de hablar de las cosas que hemos visto y oído". En armonía con estas palabras, los discípulos de Jesús pidieron a Jehová que les diera valor y siguieron proclamando las buenas nuevas (Hechos 4:18-31).

En vista de que sus anteriores amenazas no han surtido efecto, el sumo sacerdote les reprocha en este segundo juicio: "Les ordenamos positivamente que no siguieran enseñando sobre la base de este nombre, y sin embargo, ¡miren!, han llenado a Jerusalén con su enseñanza, y están resueltos a traer la sangre de este hombre sobre nosotros" (Hechos 5:28).

Una resolución inquebrantable

Con valor, Pedro y los otros apóstoles responden: "Tenemos que obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres" (Hechos 5:29). Así es, cuando los mandatos del hombre están en conflicto con los de Jehová, debemos obedecer a Dios en vez de a simples seres humanos.*

La declaración de los apóstoles de que se mantendrán leales a Dios debería tener mucho peso para los miembros del Sanedrín. Si a estos líderes de la sociedad judía se les planteara el dilema de obedecer a Dios o a los hombres, su respuesta unánime tendría que ser: "Obedecer a Dios". Al fin y al cabo, ¿no creen que Jehová es el Señor Soberano del universo?

El apóstol Pedro toma la palabra —al parecer en nombre de los demás— para aclarar que con respecto a su ministerio obedecen a Dios más bien que a los hombres. De este modo, echa por tierra la acusación sobre la supuesta desobediencia de los apóstoles. Los miembros del Sanedrín saben bien que hay ocasiones en que se debe obedecer a Dios y no a los hombres. En la historia de su propia nación tienen ejemplos de ello. Está el caso de las dos parteras que, por temor de Dios, desobedecieron al faraón de Egipto y no les quitaron la vida a los hijos varones de las mujeres hebreas (Éxodo 1:15-17). O el del rey Ezequías, quien escuchó a Jehová y no cedió a las presiones del rey Senaquerib para que se rindiera (2 Reyes 19:14-37). En efecto, las Escrituras Hebreas —que los miembros del Sanedrín conocen bien— enseñan claramente que Jehová espera obediencia de su pueblo (1 Samuel 15:22, 23).

Su obediencia se ve recompensada

"Tenemos que obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres." Todo pare-

* Véase el *Calendario de los testigos de Jehová 2006*, septiembre-octubre.

¿SE LO HA PREGUNTADO ALGUNA VEZ?



¿Cómo supo el evangelista Lucas lo que dijo Gamaliel en la sesión a puerta cerrada del Sanedrín? Tal vez le fue revelado por inspiración divina. O quizás se lo contó Pablo, un antiguo estudiante de Gamaliel. Otra posibilidad es que Lucas haya hablado con algún miembro del Sanedrín que simpatizara con los cristianos.

ce indicar que estas palabras de Pedro hacen mella en al menos un miembro del tribunal supremo: Gamaliel. En una sesión a puerta cerrada, este respetado juez del Sanedrín convence a los demás de que sigan su consejo. Basándose en casos ocurridos en el pasado, les muestra que no es prudente obstaculizar la obra de los apóstoles. Y concluye con una sabia recomendación: "No se metan con estos hombres, sino déjenlos [...]; de otro modo, quizás se les halle a ustedes luchadores realmente contra Dios" (Hechos 5:34-39).

Las sensatas palabras de Gamaliel logran que el tribunal libere a los apóstoles. Antes de dejarlos ir, los azotan, pero ellos no se dejan intimidar. De hecho, el relato bíblico dice: "Todos los días en el templo, y de casa en casa, continuaban sin cesar enseñando y declarando las buenas nuevas acerca del Cristo, Jesús" (Hechos 5:42).

Está claro que Jehová bendijo a los apóstoles por declarar que él es la autoridad suprema. Hoy día, los cristianos verdaderos hacen lo mismo. Los testigos de Jehová reconocen a Dios como su Gobernante Supremo. Por eso, si alguien quiere obligarlos a actuar en contra de los mandatos divinos, responden igual que los apóstoles: "Tenemos que obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres".

Demos testimonio cabal con ánimo y valor

UNA muchedumbre violenta está a punto de matar a golpes a un obediente siervo de Dios. Pero los soldados romanos llegan justo a tiempo y arrestan al hombre, librándolo así de la multitud enfurecida. Este episodio desencadena una serie de acontecimientos que se suceden a lo largo de unos cinco años. El resultado final es que muchos funcionarios romanos de alto rango oyen hablar de Jesucristo.

La víctima de aquella turba es el apóstol Pablo. Aproximadamente en el año 34 de nuestra era, Jesús había revelado que Pablo (Saulo) daría testimonio acerca de él ante "reyes" (Hechos 9:15). Corre el año 56, y todavía no se han cumplido esas palabras. Sin embargo, ya casi al final del tercer viaje misional del apóstol, la situación da un repentino giro.

Ni una multitud enfurecida puede intimidarlo

Estando Pablo de camino hacia Jerusalén, ciertos cristianos le advierten "por el espíritu" que allí le aguarda una fuerte oposición. Valerosamente, él les responde: "Estoy listo no solo para ser atado, sino también para morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús" (Hechos 21:4-14). Al ver a Pablo en el templo de Jerusalén, los judíos de Asia —furiosos por el éxito de su predicación en aquella región— provocan a la multitud para que lo maten. Es entonces cuando los soldados romanos acuden rápidamente en ayuda del apóstol (Hechos 21:27-32). Gracias a este rescate, a Pablo se le presentan oportunidades únicas para declarar la verdad sobre Cristo ante multitudes hostiles y personajes de alto rango.

Da testimonio a un público poco habitual

Buscando la forma de poner a salvo a Pablo, los soldados le hacen subir la escalinata que conduce a la Fortaleza Antonia.* Desde esa escalinata, el apóstol dirige un contundente discurso a aquella turba religiosa (Hechos 21:33–22:21). Pero la sola mención de que tiene que predicar a los gentiles vuelve a provocar la furia de la multitud. El comandante militar, de nombre Lisias, ordena azotar a Pablo a fin de averiguar de qué delitos estaba siendo acusado. Sin embargo, este interrogatorio no llega a producirse, pues el apóstol revela que es ciudadano romano. Al día siguiente, Lisias lleva a Pablo ante el Sanedrín para saber de qué lo acusan los judíos (Hechos 22:22-30).

De pie ante los miembros del tribunal supremo, Pablo tiene una magnífica oportunidad de predicar a los judíos. Este valiente evangelizador decide entonces hablarles de la resurrección (Hechos 23:1-8). Sin embargo, el odio asesino que los judíos sienten por él no se aplaca en lo más mínimo y, al final, los soldados se lo llevan de vuelta al cuartel. Por la noche, el Señor lo fortalece con las siguientes palabras: "¡Ten ánimo! Porque como has estado dando testimonio cabal de las cosas acerca de mí en Jerusalén, así también tienes que dar testimonio en Roma" (Hechos 23:9-11).

A fin de frustrar un plan para asesinarlo, los soldados trasladan a Pablo a toda prisa y en secreto a Cesarea, la capital administrativa de Judea en tiempos de los romanos (Hechos 23:12-24). En esta ciudad surgen nuevas oportunidades de predicar, y Pablo incluso llega a dar testimonio a "reyes". Antes de eso, sin embargo, el apóstol le demuestra al gobernador Félix que los cargos en su contra no tienen base. Algún tiempo después habla con él y su esposa, Drusila, acerca de Jesús, el autodominio, la justicia y el juicio venidero. Con todo, Félix lo mantiene en

* Véase el *Calendario de los testigos de Jehová 2006*, noviembre-diciembre.



¿ERA SU PROPIA DEFENSA LO QUE PREOCUPABA A PABLO?

A este respecto, cabe mencionar la opinión del experto Ben Witherington III: "Desde el punto de vista de Pablo [...], lo más importante no era su propia defensa, sino su predicación del evangelio a las autoridades, tanto judías como gentiles. [...] Por tanto, lo que en verdad se estaba juzgando era el evangelio".

prisión durante dos años, esperando recibir un soborno que nunca llegará (Hechos 23:33–24:27).

Cuando Festo sucede a Félix en el cargo, los judíos intentan, una vez más, que se condene y ejecute a Pablo. Su caso vuelve a presentarse en Cesarea, pero para evitar que lo trasladen a Jerusalén, Pablo dice: "Estoy de pie delante del tribunal de César [...]. ¡Apelo a César!" (Hechos 25:1-11, 20, 21). Pocos días después, presenta su defensa ante el rey Herodes Agripa II, quien reconoce: "En poco tiempo me persuadirías a hacerme cristiano" (Hechos 26:1-28). Por fin, alrededor del año 58, lo envían a Roma. Y pese a estar preso durante dos años más, este ingenioso apóstol sigue encontrando formas de dar a conocer el nombre de Cristo (Hechos 28:16-31). Al parecer, Pablo comparece finalmente ante el emperador Nerón, quien lo declara inocente y lo pone en libertad, situación que él aprovecha para reanudar su actividad misional. No se sabe de ningún otro apóstol que haya tenido la oportunidad de llevar las buenas nuevas a personajes tan destacados.

Por todo lo dicho, queda claro que el apóstol Pablo vivió conforme al mismo principio que anteriormente habían expresado sus hermanos cristianos ante el Sanedrín: "Tenemos que obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres" (Hechos 5:29). ¡Qué magnífico ejemplo para nosotros! A pesar de los constantes intentos de sus enemigos por detenerlo, el apóstol obedeció plenamente el mandato de dar un testimonio cabal. Esta inquebrantable obediencia a Dios permitió a Pablo cumplir su papel de "vaso escogido" y proclamar el nombre de Jesús "a las naciones *así como a reyes* y a los hijos de Israel" (Hechos 9:15).